

Tierra y Libertad

Número suelto: 5 céntimos

Redacción y administración: calle Cadena, 39, 2.ª, 1.ª

Paquete de 30 ejemplares	1'00 pta.
Suscripción: España un trimestre	1'00 »
» Extranjero »	1'50 »

¿Pero, qué creían?

Como todo el mundo sabe, en Portugal fué destronada la monarquía e implantada la república, por el esfuerzo del ejército y el pueblo.

Al decir ejército y pueblo, no nos referimos ni á las jerarquías militares ni á los políticos profesionales, pues ni unos ni otros, en estos casos, arriman el hombro cuando, como vulgarmente se dice, hay que batir el cobre. Esperan en lugar seguro la hora del triunfo, para aprovecharse de sus beneficios, ó la hora de la derrota para huir.

Los que contribuyen con su esfuerzo y exponen su vida, ni recogen beneficios del triunfo, ni pueden huir si hay derrota.

El caso de Ruiz Zorrilla, que esperaba en un confortable salón de la estación del Norte el resultado de la sublevación de Villacampa, se repite en todas las revoluciones políticas.

En Portugal, donde la revolución ha sido coronada por el éxito, han ocupado los puestos más importantes y más productivos de la nación los políticos que seguramente no expusieron su vida en la sangrienta jornada, precursora de la implantación de la república, y los jefes militares han recibido el ascenso como premio de un esfuerzo que los soldados, sin necesidad de ellos, realizaron.

Hecho el reparto del botín en esta forma, creyeron que nadie tiene derecho á reclamar.

Pero he aquí que el pueblo, al que cuando eran oposición los republicanos le habían hecho creer que con el cambio de régimen mejoraría su condición económica y moral, al ver que los directores de aquel movimiento sólo se ocupan de distribuirse entre ellos las prebendas, se llama á engaño y se da cuenta de que los asuntos que á él le concierne no ha de resolverseles nadie, aprestándose á la lucha de clases.

Fortuna ha sido que el pueblo portugués se diera cuenta pronto del timo de que ha sido objeto y se disponga, después de haber luchado por la república sin resultado beneficioso para él, á luchar en defensa de sus propios intereses.

Y á las justas reclamaciones hechas por los obreros y denegadas por los patronos han sucedido las huelgas importantes de varios oficios, y en la actualidad las de dependientes de comercio, gasistas y empleados de ferrocarriles, que han suspendido la vida comercial en Lisboa y la circulación de trenes en la nación lusitana.

Y aquí lo curioso del caso. Algunos elementos republicanos—seguramente los que se han aprovechado del botín que abandonó la monarquía—se muestran escandalizados y protestan de las huelgas, porque dicen que con ellas se hace difícil la vida de la república.

Parece que los republicanos portugueses tienen cierta similitud con los republicanos radicales españoles, que se opusieron á la huelga en el mes de septiembre, porque—¡oh, republicanismo!—ponía en peligro la vida de un Gobierno monárquico.

Y protestan de las huelgas los políticos, cuando éstas son importantes, porque saben que la huelga general revolucionaria va haciendo numerosos prosélitos en el campo obrero, y ha de ser la que en definitiva acabará con todos los privilegios, proclamando la igualdad social.

Pero respecto á Portugal, ¿qué creían los partidarios del Gobierno? ¿que el pueblo iba á continuar siendo el eterno esclavo, dando tiempo á que los republicanos olvidaran las promesas liberales ofrecidas antes de ser poder?

Precisamente nosotros encontramos oportunísimas estas huelgas en Portugal, antes que el nuevo régimen se consolide y les salga cualquier Braga, Machado ó Almeida convertido en un Briand, que facilita soldados para que desempeñen el oficio de esquirols, por más de que esto se pone difícil en Portugal, á juzgar por lo que dicen los siguientes telegramas:

«En Gobernación se acaba de recibir un telegrama del gobernador de Badajoz, diciendo que un viajero llegado de Elvas afirma que en dicha población portuguesa los soldados se han unido á los huelguistas ferroviarios en forma tumultuaria. Los ferroviarios piden mejoras en la asignación de jornales.»

«Badajoz.—Varios portugueses llegados por la carretera, confirman que en Elvas los

soldados se unieron á los obreros del campo que en imponente manifestación pedían aumento de salario.

Los jefes y oficiales secundaron á la tropa. Las autoridades telegrafiaron al Gobierno y éste accedió inmediatamente á la demanda.»

Estas son las noticias de Elvas; en Lisboa las tropas están acuarteladas, no sabemos si para evitar el contacto con los huelguistas, ó para reprimir á éstos. De todos modos hemos de confesar que los republicanos portugueses son menos prácticos en esto de las huelgas que los españoles.

Porque en Barcelona un alcalde republicano, muy amigo de los obreros, ha solucio-

nado la huelga de basureros pidiendo al capitán general—consiguiéndolo—soldados para conducir los carros de la basura. Realmente hubiera sido ridículo que los republicanos españoles no imitaran á Briand.

Y en cuanto al pueblo trabajador portugués, ya que se ha quedado corto en el camino de la revolución, dejando que quedara reducida á un cambio de instituciones, no debe consentir que se consolide la república sin haber obtenido el mayor número de ventajas posible, demostrando que los que han sabido luchar por derribar una monarquía, también sabrán luchar por derribar un régimen social, basado en la iniquidad y el engaño.

INFAMIAS POLICIAICAS

LA BOMBA DEL TEATRO COLON EN BUENOS AIRES

Por la crónica «Desde la Argentina», publicada en el número anterior, han podido darse cuenta nuestros lectores de que la policía de Buenos Aires, por dar un motivo para que el Parlamento de aquel país dictara leyes de represión contra los anarquistas y los sindicatos obreros, había tramado el infame complot de hacer explotar una bomba en el aristocrático teatro de Colón.

La trama ha sido tan burda, que hasta periódicos tan burgueses como *El Nacional*, están contribuyendo al esclarecimiento de la verdad.

De este periódico extractamos lo siguiente:

Indiscutiblemente que el proceso seguido con motivo del bárbaro atentado llevado á cabo en la noche del 26 de junio de 1910 en el teatro Colón, ha de hacer época en los anales históricos de la justicia argentina.

Cuando ya todo el mundo empezaba á creer que en poder de la autoridad judicial estaban los autores del atentado; cuando se empezaban á prodigar desaires á los funcionarios encargados de la pesquisa; cuando hasta el mismo jefe de policía de la capital, general Dellepiane, se disponía á premiar á los subalternos que habían llevado á feliz término el esclarecimiento del hecho, surge una enorme sombra que hace poner en duda todos los procedimientos seguidos y una gravísima acusación contra uno de los directores de la pesquisa, comisario Zunda.

Este hecho cambia por completo el sumario. Como se sabe, en el capítulo de pruebas del dictamen fiscal del doctor Carlos Octavio Bunge, figura como una de las pruebas más concluyentes para sindicar como autores del hecho á Ivan Romanoff y Salvador Denucio, las siguientes conclusiones:

e) «Denucio mandó á la cubina María Blanco á comprar una butaca para la función del 26 de junio en el teatro Colón, y lo niega.»

Consta de las diversas declaraciones de María Blanco. La butaca comprada fué la número 90 y no la número 422. Pero el hecho en sí de que Denucio comprara una butaca que costara 20 pesos moneda nacional, en contradicción con sus hábitos y posición social, es un indicio de que algo muy singular le interesaba en el teatro Colón la noche del estrago.

f) Denucio no quiso decir á María Blanco para quién era la butaca, ni ha sabido ni intentado siquiera explicarlo en autos.»

Así lo ha declarado María Blanco. En las declaraciones de Denucio sólo hay evasivas ó falsedades al respecto.

Ahora bien: las denuncias que publicamos en nuestras ediciones anteriores y que á renglón seguido vamos á detallar, comprueban que la única presunción de prueba de la culpabilidad de los detenidos va á ser destruida.

Y si en esa forma se ha procedido para obtener declaraciones que ahora se tachan de falsas y que constituyen una de las presunciones más fuertes, lógico es suponer los otros procedimientos puestos en juego por los encargados de la pesquisa, que en su afán de encontrar un culpable, no tuvieron reparo en buscar y conseguir más víctimas.

¿Era necesario velar por el buen nombre de la policía bonaerense, y eso puede haber sido causa suficiente para lo último!

En el primer reportaje prometimos al público dar muchos de los entretelones del proceso. En primer término dimos á conocer las causas por qué María Blanco declaró contra su amigo Salvador Denucio.

El blanco prometido dar ayer á la publicidad la carta en que esa pobre y desventurada mujer justificaba su actitud manifestando que si declaró falsamente fué porque los empleados de la policía de investigaciones ejercieron presión sobre su ánimo con toda clase de amenazas.

Al pedirle la carta, Denucio nos dijo que en ese instante no podía proporcionárnosla.

—¿Por qué causa?

—La tengo escondida dentro de mi celda. Ayer concurrimos nuevamente al departamento de policía para que Denucio nos hiciera entrega del documento acusador, pero el detenido nos declaró que á raíz de nuestra publicación se había

empezado á ejercer rigurosa vigilancia de todos sus pasos, se investigaba á todos sus visitantes y hasta se negaba en absoluto á algunos miembros de su familia la visita acostumbrada.

No hay duda alguna de que Denucio empezaba á temer nuevas represalias.

Después de muchos trabajos para obtener esa carta tuvimos que retirarnos sin lograrlo, porque no pudimos vencer la resistencia del detenido.

Desmayábamos ya de obtenerla cuando esta mañana cayó á nuestro poder una... ¿no será mejor callar? Somos incapaces de una infidencia.

Véase la carta dirigida por María Blanco á Salvador Denucio en su prisión del departamento central de policía:

«Querido Salvador: Tomo la pluma para manifestarte lo sucedido, como ahora te voy á decir lo que han hecho de mí esos infames. Es triste haber tenido que declarar como ellos quisieron, porque me hacían grandes martirios y amenazas de todas clases, hasta no darme de comer ni dejarme dormir á veces.

Salvador; me hicieron declarar diciéndome que así me convenía, si no quería ir á la cárcel ó al destierro, porque declarando así nada me harían si decía que tú me habías mandado á comprar una entrada para el Colón, entregándome la plata, y que afirmara y jurara delante del juez y de ti que esto era cierto, como también que yo iba y venía á conferencias y veladas contigo.

Querían que les dijera que tú me obligabas, y les dije que iba porque á mí me daba la gana, y me decían que hiciera lo que quisiera. Ellos me iban á ayudar, y lo que hice con tu ponerme comunicada ocho días porque no les quería decir nada más, y siempre castigada con insultos. Después me mandó á trabajar en su casa el comisario Zunda, y me decían que no saliera á la calle porque si vosotros me encontrabais me mataríais; así es que yo, temiendo tantas amenazas, no me he animado á ir á verte; pero el otro día vi el fallo del fiscal y les dije en la casa que todo era mentira y respecto á lo que han puesto en los diarios que yo no había dicho tal cosa y todo era una calumnia. Entonces me insultaron y yo, no pudiendo aguantar todas esas injusticias que cometían conmigo, me mandé mudar el día 11, á las siete y media de la mañana.

Sin más te saluda quien te quiere y verte desea.—María Blanco.»

En busca de María Blanco hemos llevado á cabo numerosísimas diligencias; recurrido á la policía de investigaciones, orden social, al domicilio de todos sus parientes y amigos y en ninguna parte sabían darnos noticias de María Blanco.

No sólo la buscamos nosotros. Muchísimas personas de aspecto equívoco, aparecieron ayer tarde en nuestra redacción preguntándonos por el domicilio ó actual residencia de la que también nosotros buscábamos con afán.

Algunas de esas personas, repetimos de aspecto equívoco, quien sabe por qué motivo, nos dieron algunos supuestos domicilios de la Blanco, pero... ¡pincautos de nosotros! concurrimos buscando domicilios que no existen.

Desmayábamos ya de encontrar á la «incógnita», pero anoche dimos con su domicilio.

A las doce tocamos el timbre en la puerta de la casa donde está asilada María Blanco.

Al cuarto de hora de espera nos abrió la puerta un formidable caballero.

—¿María Blanco está aquí?, le preguntamos.

—¿Usted quién es?, nos dice por toda respuesta en tono terrible nuestro interpelado.

—Soy...

Nos mira el personaje de arriba abajo, y nos espeta un lacónico: pase.

Tras de nosotros se cierra la puerta en el momento preciso que alguien pasaba frente á ella.

Toda la inspección nuestro acompañante. Hace que lo sigamos unos cuantos metros por un pasadizo oscuro y entramos en una pieza donde se nota una lujosa miseria.

En el suelo un jergón donde se reparara de sus fatigas la pobre mujer María Blanco.

Aparece ella. Tiene unos raros ojos visionarios, como los que se advierten en los «espiritistas» fanáticos. No están quietos nunca. Nos investigan y demuestran gran desconfianza.

La abordamos amablemente, pero resiste un tanto.

En cuanto iniciamos el interrogatorio se desbordó en lamentaciones por los malos tratamien-

tos de que ha sido víctima durante su permanencia en el departamento central de policía.

Era ya nuestra.

—¿Cuándo fué usted detenida?

—El 9 de agosto, á las ocho y media de la noche, en mi domicilio de la calle Soler.

—¿La tuvieron detenida?

—Durante dos días y dos noches, en la policía de investigaciones. Luego me pusieron en libertad, después de tomarme declaraciones. Nada sabía del hecho y nada dije. Me fui entonces nuevamente á la calle Soler.

—¿Y allí?

—Noté como antes la continua presencia de gente extraña en los alrededores. Como antes de aprehender á Denucio, iban á casa á preguntarme por el continuamente algunas personas, diciéndose comerciantes que querían saldar sus deudas.

El 12 me volvieron á detener. Me llevaron á investigaciones alojándome en el último cuarto. Me comunicaron de nuevo, teniéndome así durante diez días.

Algunas noches me dieron un catre pelado para dormir y muchas veces nada. Me hacían permanecer sentada toda la noche y á oscuras. De pronto, y á cada instante, aparecía el comisario Zunda ó el oficial Boero á hacerme preguntas.

—¿Y usted qué contestó?

—Que no sabía nada absolutamente. Entonces ellos me empezaron á maltratar, á no dejarme dormir ni darme de comer, diciendo que me mandarían á la cárcel ó á Tierra del Fuego si no declaraba que Denucio me había mandado comprar una butaca para el teatro Colón, en la noche del 26 de junio.

—¿Y usted declaró?

—Al principio me negué. Después, como me siguieran maltratando y amenazando; como el comisario Zunda me dijera que si así no lo hacía me llevarían á la cárcel; como continuamente me dijeron que la única manera de liberarme era asegurar y jurar que había comprado esa butaca, acosada por liberarme, declaré.

—¿Ante quién?

—Ante Zunda. Después ellos llamaron al doctor Constanzo, le contaron eso y un momento después me obligaron á repetir lo mismo ante él. Ellos escribieron la declaración y yo firmé.

—¿De manera que usted no compró la butaca?

—¿Qué esperanzal Yo nunca he comprado tal cosa, ni he ido al Colón, ni Denucio me ha pedido que le compre nada. ¿No le digo que yo dije eso porque me amenazaron hasta con matarme?

—Después de declarar, ¿la pusieron en libertad?

—Primero me carearon con Denucio, no sin antes maltratarme y amenazarme de nuevo si ante él no sostenía lo que ellos me enseñaron á declarar. Después, el 21 de agosto me pusieron en libertad y el 24 me llegó una nueva citación.

Fuí á ver al comisario Zunda y me mostró unos anónimos que dijo que eran, sin duda, de los anarquistas y se me amenazaba de muerte por haber declarado contra Denucio y Romanoff.

—¿Qué les hizo?

—Zunda se los guardó y me dijo que como corría peligro si andaba por la calle ó estaba sola en mi casa, lo mejor era que me refugiara en la de él y allá me llevó.

—¿Dónde vivía el comisario?

—Hasta el 3 de octubre en Almagro, 32, y después nos mudamos á Cuyo.

—¿Y qué hacía allí?

—Me hacían trabajar de cocinera. No me dejaban salir nunca; cada cuatro ó cinco días me mostraban nuevos anónimos de anarquistas en que decían que me iban á matar.

—¿Y qué sabía usted de Denucio?

—A veces le pedía noticias al comisario Zunda, pero no me contestaba.

—¿Nunca fué á verlo?

—No me dejaron. Me decía que si me agarraban en la calle, tal vez me mataran.

—¿Qué número de butaca le indicaban dijera había comprado?

—Me enseñaban que dijera que no me acordaba del número.

—¿Y cuándo salió de lo del señor Zunda?

—El 11 de noviembre, al otro día de que los diarios publicaron que yo había declarado haber comprado la butaca. Leí el dictamen fiscal y entonces hablé, allí en su casa, con el comisario Zunda, que bien sabía él que esas eran mentiras que yo había declarado por sus amenazas.

Le dije que me iba y él me insultó y quiso atajarme diciéndome que no me descuidara con los amigos de Romanoff y Denucio que me matarían.

—¿Qué hizo usted?

—Me fui á casa y en seguida escribí una carta á Denucio. La mandé con un muchacho amigo de él que siempre va á verlo.

—¿Usted declaró eso al juez de instrucción?

—Claro que sí y todo lo que me han hecho. ¡Si todavía me duelen los huesos! Y declararás ante el juez que todo lo que me han hecho decir es falso.

En el número próximo seguiremos publicando detalles de este proceso que nada tiene que envidiar al de Montjuich, ni al famoso de las bombas encontradas en la montaña del Coll de esta capital.

El Egoísmo y la Anarquía

Un refinado egoísmo nos conducirá á un altruismo generoso.

El hombre es profundamente egoísta, esto es, sólo procura satisfacer sus necesidades materiales, intelectuales y morales; solamente se preocupa de su bienestar. Latente en